

de San Pedro, se hizo distinción entre la fiesta de la Cátedra de Antioquía y la de la Cátedra de Roma. Esta, particularmente en los reinos francos, se celebraba el 18 de enero, mientras que en Roma seguía siempre solemnizando el 22 de febrero, y, cosa bien singular, desde hacía largo tiempo, como la fiesta de la Cátedra de San Pedro en Antioquía. Parecióle extraño a Paulo IV, que precisamente Roma, que debía su privilegiada y única posición en el mundo cristiano ante todo al Príncipe de los Apóstoles, se dejase sobrepasar por Iglesias extranjeras en la piedad y veneración del primer Papa. Ordenó, por tanto, en 23 de enero de 1557, que en adelante en toda la cristiandad la fiesta de la Cátedra de Roma se celebrase el 18 de enero y la de la Cátedra de Antioquía el 22 de febrero. Una bula estableció esto solemnemente un año más tarde para todos los tiempos (1).

IV

En cuán grande aprecio tenía Paulo IV a las antiguas Ordenes religiosas, repetidas veces lo puso de manifiesto (2). De las nuevas Ordenes, los más allegados y queridos, como se deja entender,

(1) Esta bula *Ineffabilis* (Reg. Vat. 1851, p. 417), se halla con fecha verdadera en el Bull., VI, 530 s. y con falsa en el Bull. bas. Vat., III, 34; cf. Kraus, *Roma sotterranea*, Friburgo, 1879, 577 s.; *Léxico eclesiástico de Friburgo*, II^a, 2060 s.; Bäumer, *Historia del Breviario*, 416. La primera ordenación, tomada de las Acta consist. (Romae die sabbati 23 Ianuarii 1557 Congregatio generalis), se halla en Raynald, 1557, n. 2. La bula de 6 de enero de 1558 fué acordada en un consistorio de 7 de enero (Massarelli, 320) y publicada en 14 de enero de 1558. Las *Acta consist. dicen antes: Primo introductus fuit dom. Guill. Sirleti [Ms: Ciurletti] protonotarius, qui legit libellum quendam continentem multas auctoritates, quod divus Petrus fuit Romae et ibi martirium sustinuit (*Archivo consistorial*). El Papa habló en el consistorio muy elocuentemente sobre la estancia de S. Pedro en Roma. V. la *carta del card. Vitelli, fechada en Roma a 14 de enero de 1558 (Cod. Barb. lat. 5711, p. 59. *Bibl. Vatic.*); v. también Navagero en Browa, VI, 3, 1143 y el Aviso publicado por Baumgarten en la Revista trimestral romana, XXV, 53 *s., al que empero asigna este autor falsamente la fecha de 1556.—A los portugueses permitió Paulo IV el culto de su reina Isabel, que había muerto terciaria de S. Francisco (Castaldo, 151). Cuando a principios de abril corrió la voz de que se había hallado en Camerino el cuerpo de S. Venancio, dijo el Papa que quería ir personalmente a pie a dicha ciudad, para demostrar su veneración a este santo. Así lo *refiere B. Pía al card. Hérc. Gonzaga en carta fechada en Roma a 9 de abril de 1558. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(2) Cf. Bull., VI, 490 s.; Ripoll-Bremond, V, 41 s., 44 s., 46 s.; Bromato, II, 276.

eran los *teatinos*, a quienes hizo volver a Roma luego en su primer año de pontificado, como lo había intentado Marcelo II. Asignóles la iglesia de San Silvestre en el monte Quirinal, el cual por estar entonces todavía casi sin edificio alguno, parecía singularmente apropiado para la vida de austeros religiosos. Los dominicos, que administraban dicho templo, fueron trasladados a San Nicolás en el Campo Marcio, y la parroquia fué incorporada a la de los Santos Apóstoles. El 17 de noviembre de 1557 tomaron posesión de su nuevo domicilio cuatro eminentes miembros de la Orden teatina, Juan Marinonio, Bernardino Scotti, Pablo Consiglieri y Juan Antonio da Prato. El Papa compró una espaciosa huerta para el convento, e intentó reconstruir la iglesia, la cual tenía que unirse con la plaza de los Santos Apóstoles por medio de una gran escalinata, semejante a la de Araceli. Los trabajos estaban sólo en los principios, cuando Paulo IV murió (1). En ninguna parte moraba el Papa tan de buena gana como entre sus teatinos en el Quirinal. Todavía en abril de 1559 quería retirarse allí para largo tiempo (2). Dos veces honró al convento celebrando en él consistorios.

Paulo IV mismo tomó el gobierno de la Orden teatina, cuyos privilegios fueron confirmados y aumentados. El 23 de diciembre de 1555 disolvió la unión con los somascos, que no había dado buenos resultados (3). Con predilección se servía el Papa en sus reformas de los teatinos, los cuales se mantenían en la mayor modestia y humildad posible. Juan Marinonio tenía que ser arzobispo de Nápoles, pero lo rehusó tan constantemente que Paulo IV hubo de renunciar a este plan. También Bernardino Scotti opuso larga resistencia antes que aceptase el cardenalato; ayudó al Papa en sus trabajos de un modo muy señalado, y le prestó importantes servicios en el asunto de la reforma. Pablo Consiglieri, uno de los cuatro fundadores de los teatinos, había tenido que aceptar el cargo de maestro de cámara; pero persistió en rechazar la púrpura (4).

(1) V. Silos, I, 325 s.; Castaldo, 147; Ancel, *Disgrâce*, 29. La inscripción que se puso en S. Silvestre, puede verse en Forcella, IV, 42.

(2) Cf. arriba p. 205 y el *Aviso de 15 de abril de 1559. *Archivo público de Florencia*.

(3) *Brevia Pauli IV. Arm. 44, t. XLIV, n. 170. *Archivo secreto pontificio*; el original se halla en el *Archivo general de los teatinos de Roma*. Cf. Silos, I, 336 s.

(4) Silos, I, 330 s.; Bromato, II, 274 s. Sobre las relaciones de Scotti con Paulo IV v. Masio, *Cartas*, 234, 249.

Apenas necesita ponerse de realce, que Paulo IV favoreció también a las residencias de los teatinos de Venecia y Nápoles (1). Como a franco e ingenuo consejero, apreciaba el Papa singularmente al teatino Jeremías Isachino, varón de oración y de rigurosísima penitencia. Paulo IV en 1556 le había llamado de Nápoles a Roma (2), donde le confió más tarde la dirección de la casa de su Orden (3).

Los *barnabitas*, después del conclave resolvieron enviar su general al nuevo Papa, y ofrecerse a él para todo aquello en que quisiese servirse de ellos. Paulo IV, que ya antes había apoyado según sus fuerzas a la nueva Orden, apreció en sumo grado esta demostración de afecto y rendimiento, y les prometió en todo su protección. La fama de los barnabitas se había entonces difundido ya tanto, que no solamente de varias ciudades italianas, sino también de Portugal e Irlanda llegaban a ellos invitaciones para la fundación de colegios. Éstas con todo fueron rehusadas, parte por falta de miembros, parte por seguir la máxima de los fundadores de la Orden, de no extender la congregación fuera de Milán. Finalmente en 1557 se dejaron mover a erigir en Pavía un colegio. Paulo IV confirmó la fundación de esta casa religiosa, que con gran gozo suyo trabajó de todo en todo según el espíritu de la reforma católica (4).

Paulo III había procurado dirimir la continua contienda entre *capuchinos* y *observantes*. Los capuchinos no podían ya recibir a los observantes sino con permiso de los superiores de éstos, y la misma prohibición valía para los observantes respecto de los capuchinos. A la muerte de Paulo III, los capuchinos consideraron esta ordenación como caducada; sin embargo, Julio III la renovó primero para los capuchinos, y a sus reclamaciones, en 15 de febrero de 1551, también para los observantes (5).

(1) Silos, I, 355. *Indulgenze di Paolo IV per la casa de' Teatini a Napoli. *Archivo general de los teatinos de Roma*.

(2) V. la *carta de Navagero, de 4 de enero de 1556. *Biblioteca de San Marcos de Venecia*.

(3) Ancel, *Disgrâce*, 29; cf. Bromato, II, 222.

(4) V. Barelli, 256, 258 s., 264, 266 s. La tentativa que se hizo ya en 1552, de unir a los barnabitas con los jesuítas, repitióse por agosto de 1559, pero también esta vez quedó frustrada; cf. *Arch. stor. Lomb.*, XXXVIII (1911), 152 s.

(5) *Bull. Capuc.*, I, 24. A la *Congreg. ord. min. Ulixbon.* dió licencia Julio III el 4 de octubre de 1552 para llevar la cuculla de los capuchinos; v. *Wadding*, XVIII, 514.

Ya en los primeros años de Paulo IV (1) se agravó todavía más la oposición entre las dos Ordenes. Para defenderse mejor de las objeciones y dificultades que ponían los adversarios, el vicario general de los capuchinos, nuevamente confirmado en 1555, no salió de la Ciudad Eterna por espacio de dos años; sólo en 1557 dió comienzo a la acostumbrada visita de sus conventos (2). El vicario general Tomás de Tiferno, elegido en 1558, durante seis meses no pudo conseguir hablar a Paulo IV; la suplicada confirmación de la Orden y de sus privilegios la alcanzó después finalmente, pero el Papa se la concedió sólo de palabra, sin breve. Mientras el vicario general estaba ausente de Roma por hallarse pasando la visita, se trabajó de nuevo cerca de la curia contra los capuchinos. Los adversarios habían ganado para sí al omnipotente cardenal Carafa; la bula que enunciaba la supresión de los capuchinos, estaba ya bosquejada, y no parecía dudoso que Paulo IV la firmaría. Entonces aconteció la caída del nepote. El analista de los capuchinos designa esta tempestad contra la nueva Orden, como la más furiosa de todas, pues los capuchinos no habían tenido conocimiento alguno de las maquinaciones contra ellos, y por tanto tampoco habían podido defenderse (3).

Por tiempos muy difíciles tuvo que pasar también la *Compañía de Jesús* en tiempo de Paulo IV. El 23 de mayo de 1555 estaba conversando San Ignacio de Loyola precisamente con el P. González de la Cámara, cuando sonó la señal que anunciaba haberse ya efectuado la elección de Papa. Pronto se supo quién era el recién elegido: el cardenal Carafa. Al pronunciarse este nombre observó González cómo una densa sombra turbó el rostro del fundador de la Compañía de Jesús. San Ignacio mismo confesó más tarde a algunos confidentes, que le habían temblado entonces todos los huesos en el cuerpo (4). A la verdad esta elección podía reducir a la nada toda su obra principal.

San Ignacio y Carafa se habían ya conocido en 1536 en Vene-

(1) Sobre las anteriores relaciones de Paulo IV con los franciscanos observantes italianos cf. ahora el sólido trabajo de Ed. d'Alençon, provisto de rico material de documentos: G. P. Carafa, vesc. di Chieti (Paolo IV) e la riforma nell'ordine dei Minori dell'Osservanza, Foligno, 1912.

(2) Boverius 1555, n. 3 s., p. 527.

(3) Boverius 1558, n. 3, p. 552 s. *Nulla hac saevior tempestas etc.* (p. 553). El cardenal no está nombrado, pero era seguramente Carafa.

(4) Todos os ossos se lhe reuoluêrão no corpo. *Mon. Ign.*, Ser. 4, I, 198.

cia, y comunicado sus opiniones sobre varios puntos de la vida religiosa, acerca de lo cual hubo entre ellos importantes diversidades de pensar (1). Creóse en Carafa una profunda aversión a San Ignacio, que pronto se aumentó todavía (2). Estos dos varones tan radicalmente diferentes por su carácter tuvieron aún otro choque, cuando en los años de 1553 a 1556, los parientes de un novicio jesuíta de familia principal procuraron inducir a éste a que saliese de la Orden, y Carafa alcanzó para ellos un indulto pontificio. San Ignacio por medio de representaciones en contra que hizo al Papa, logró que se revocase dicho indulto (3). Carafa pudo sentirse por esto tanto más ofendido, cuanto sufrió contradicción en un asunto que fué en Roma muy sonado (4). Ya antes, en la lista en que los cardenales tenían que asentar sus subvenciones para el Colegio Germánico, había faltado el nombre de Carafa (5).

Por consiguiente, no es maravilla que San Ignacio recibiese con temor e inquietud la noticia de la elevación de Carafa. Con todo eso, después de breve rato de oración, recobró su entera serenidad, e hizo ahora todo lo que pudo con el fin de ganar los corazones para el nuevo Papa (6). El 25 de mayo dió parte a sus hermanos en religión de la elección hecha y alabó las eminentes cualidades del nuevo Jerarca supremo de la Iglesia (7). Algunos meses más tarde hizo una extensa relación sobre el celo del Papa por la reforma y sobre el afecto y benevolencia, que había mostrado hasta entonces a la Compañía de Jesús (8).

Paulo IV, en efecto, parecía haber olvidado siendo Papa los resentimientos del cardenal Carafa. El primer jesuíta que le visitó, fué Bobadilla. Paulo IV le recibió con sumo agrado, abrazándole y besándole. En presencia de los cardenales Morone y Truchsess habló de la nueva Orden con expresiones muy honoríficas. Envió

(1) Cf. nuestras indicaciones del vol. XII, 19.

(2) Cf. Astrain, II, 29 ss.; Nadal, Epist., II, 15.

(3) * Los parientes del novicio pedían que éste fuese trasladado a Nápoles, permaneciendo aún en la Compañía, y esto fué lo que concedió Julio III por su indulto. — (N. DEL T.)

(4) Tratan sobre este asunto toda una serie de cartas; cf. Mon. Ign., Ser. 1, tomos 5-10, índice s. v. Cesari; Epist. mixtae, tomos 3-5; Polanco, tomos 3-6, índice s. v. Cesari.

(5) Steinhuber, I, tabla II.

(6) V. Gonçalvez: Mon. Ign., Ser. 4, I, 198.

(7) Mon. Ign., Ser. 1, IX, 75 s.

(8) Ibid., 463-468.

a llamar cuanto antes a San Ignacio, insistió en que le hablase con la cabeza cubierta, se puso a pasear con él en afable conversación y otorgóle las gracias que le pidió el santo (1). A las palabras correspondieron también las obras. Al nuncio Lipomano para su embajada a Polonia, le dió el Papa por agregado a Salmerón, y confería sus planes de reforma con Bobadilla, el cual le podía decir francamente su opinión. Todavía de más aprecio y reputación gozaba Laínez con Paulo IV. Prohibióle salir de Roma por necesitar de su consejo, hizo aderezar para él en el Vaticano un aposento propio, y pensó elevarle a la dignidad cardenalicia (2). Como los miembros de otras Ordenes religiosas eran llamados a predicar en las fiestas solemnes ante el Papa y los cardenales en la capilla del Vaticano, la misma honra cupo también a los jesuítas por primera vez en tiempo de Paulo IV (3). Agradaba singularmente al Papa que los jesuítas declarasen la doctrina cristiana al pueblo ordinario en las calles de Roma; y solía alabarlos por ello frecuentemente con expresiones de mucho elogio (4).

Pero a pesar de eso pronto se volvió a excitar la desconfianza que había dominado al cardenal Carafa. Cuando en la tirantez siempre creciente entre España y Roma se esparció el rumor de que los jesuítas, que casi todos eran españoles, hacían acopio de armas para en caso dado prestar ayuda a sus paisanos, mandó Paulo IV hacer un registro en su domicilio. El gobernador de Roma había querido desistir de la pesquisa, si S. Ignacio le daba palabra de que no había en casa arma alguna. Agradeció Ignacio cortésmente esta confianza, pero persistió en que se escudriñase en toda forma la casa de arriba abajo. Por este medio se quitó entonces radicalmente toda sospecha (5).

Mucho más duro que este incidente hubo de ser para S. Ignacio el que Paulo IV no favoreciese sus empresas predilectas. En favor del Colegio Romano, por el cual miraba S. Ignacio como por la niña de sus ojos, nada hizo Paulo IV; prometió ciertamente al principio proveerlo de rentas, pero pronto se desvaneció la esperanza de alcanzar de él cosa alguna (6). Respecto del Colegio Germánico, de

(1) Mon. Ign., Ser. 1, IX, 359-363.

(2) Ibid., X, 310 s., 419.

(3) Ibid., X, 438 y Massarelli, 304, 320.

(4) Nadal, Epist., IV, 496.

(5) Astrain, II, 32.

(6) Mon. Ign., Ser. 1, X, 533.

ningún modo comprendía Paulo IV su razón de ser (1). Los subsidios que Julio III había concedido, no se continuaron pagando, y a consecuencia de eso la mayor parte de los cardenales retiraron también sus subvenciones antes prometidas. Por esto, como también por la carestía del año 1555, el colegio llegó al borde del abismo (2). Ya por septiembre de 1555 no pudo admitir S. Ignacio a nueve jóvenes bohemos, que el rey Fernando había enviado para el Colegio Germánico; y les dió alojamiento y manutención en la Casa profesa de los jesuítas (3). A los cuarenta y ocho jóvenes que por el otoño de 1555 habían solicitado ingresar en el Colegio Alemán, hubo de denegarse a todos la admisión. Por espacio de dos años ningún alemán absolutamente entró ya en dicho colegio (4). Ya por febrero de 1555 el mismo ardiente promovedor del citado establecimiento, el cardenal Otón de Truchsess, estaba tan desalentado, que quería abandonar esta empresa (5).

La tenaz constancia con que S. Ignacio se mantuvo firme en lo una vez comenzado, con inquebrantable confianza en Dios, quedó brillantísimamente probada en estas difíciles circunstancias. Había subido tanto en Roma la carestía, que varios cardenales y ricos señores hubieron de despedir una parte de su servidumbre. Fuera del Germánico, tenía que sustentar S. Ignacio el Colegio Romano y la Casa profesa. No poseía dinero, y por considerársele incapaz de pagar las deudas, tampoco podía obtenerlo prestado de sus amigos o de los bancos. A pesar de eso, declaró a sus confidentes, que no miraba ahora lo por venir con menor ánimo y confianza que entonces, cuando Julio III y Marcelo II le prometían sus socorros. Que el Colegio Romano, pasado medio año, tendría vencidas en gran parte las presentes dificultades (6), y que vendría tiempo para el Germánico en que más bien le sobraría renta que le faltaría. Conforme a esto mandó decir a Otón de Truchsess, que quería tomar solo sobre sus hombros el establecimiento tudesco, si el cardenal se sustraía al mismo, y que antes se dejaría vender como esclavo que desampararía a sus alemanes (7). En efecto, algunos buenos ami-

- (1) Steinhuber, I, 33 ss.
- (2) Cf. Hosii epist., II, 673.
- (3) Mon. Ign., Ser. 4, I, 161 s.
- (4) Steinhuber, I, 34.
- (5) Mon. Ign., Ser. 4, I, 405.
- (6) Mon. Ign., Ser. 4, I, 352, 404-405.
- (7) Ibid., 257. Steinhuber, I, 36.

gos le prestaron socorro en sus aprietos. Los alumnos alemanes que no podía sustentar en Roma, los hizo repartir por los colegios de los jesuítas de Italia y Sicilia, donde recibían su manutención al igual que los demás de casa (1). Ciertamente hasta 1558 los germánicos quedaron reducidos a pocos sujetos; y cuando desde este año comenóse a aumentar su número, Laínez unió al Germánico un colegio para estudiantes que pagaban, de todas las naciones, con cuyas pensiones podían mantenerse los alumnos alemanes (2).

Más dolorosamente aún que la suerte desgraciada de los establecimientos de Roma, afligiría a S. Ignacio el que al fin de sus días tuviese que ver puesta también en peligro su verdadera obra principal, la organización recién terminada de la Compañía de Jesús. Dadas las ideas peculiares de Paulo IV, era siempre de temer que uniese la naciente Orden con los teatinos, o alterase sus Constituciones, por donde fuese aniquilado el carácter de la Compañía de Jesús.

Estos temores no tomaron forma más palpable hasta después de la muerte de S. Ignacio (3). Hasta la elección de nuevo general había sido elegido Laínez vicario de la Compañía. Cuando éste por septiembre de 1556 se presentó al Papa y le pidió la bendición para la próxima Congregación general de la Orden, recibióle a la verdad Paulo IV benignamente, pero luego, tomando un tono más severo, le advirtió que la Congregación general se convenciese, de que nada podía determinar sin la aprobación y confirmación del Papa; que no confiasen demasiado en las concesiones de los anteriores Pontífices, pues lo que otorga un Papa, lo puede anular otro (4). Como la primera Congregación, fuera de la elección de general, había de dar la última mano principalmente a las Constituciones de la Orden, era evidente adónde asestaba esta observación. Algunas duras expresiones del Papa sobre el fundador de la Compañía, como la de que había sido un tirano, no podían sino aumentar las inquietudes (5).

(1) Mon. Ign., Ser. 4, I, 352, 404 s. Steinhuber, I, 36.

(2) Steinhuber, I, 45 s., 49 s.

(3) Para lo que sigue cf. Astrain, II, 1 s., 7 ss.; Nadal, Ephemerides (Epist., II, 12-16, 50-59), y los documentos que se hallan en Nadal, Epist., IV, 98-147, 729-734.

(4) Astrain, II, 7.

(5) Nadal, Ephemerides (Epist., II, 50): *Erat etiam minatus P. Ignatio: «o colui» etc. Dixerat P. Ignatium tyrannice gubernasse societatem* (cf. *ibid.*, 54). Ignacio, decía, ha sido el ídolo de los suyos (*ibid.*, 15).